

Santa Anna y la diosa fortuna

Jueves, 27 de Abril de 2006

Alejandro

Rosas

/

Historiador.

Si Dios había sido juarista en la guerra de Reforma --como señalaban algunos por la buena suerte que lo acompañó--, los hados mostraron su clara filiación liberal con la derrota del segundo imperio. El Benemérito había sorteado ambos obstáculos sin un sólo rasguño. Se cumplía poco más de un mes de la muerte de Maximiliano y la diosa fortuna se presentó ante don Benito para ofrecerle la seductora oportunidad de acabar con el último de sus enemigos.

El 30 de julio de 1867 el bergantín *Juárez* atracó en Veracruz con un prisionero que valía su peso en oro, mas en manos de don Benito no valía ni un centavo: Antonio López de Santa Anna. El caudillo jalapeño regresaba a México con lo que traía puesto, ni más ni menos. De sus antiguas propiedades --Manga de Clavo y El Lencero-- sólo guardaba recuerdos. Al ser derrotado y exiliado por la revolución de Ayutla en 1855, uno de los primeros actos de gobierno de Comonfort fue incautar los bienes del once veces presidente de la república, que pasaron a manos de la Suprema Corte de Justicia de la Nación para luego ser rematados.

Sin recursos ni amigos zalameros, sin las viejas glorias de antaño y más desprestigiado que un partidario del imperio, Santa Anna se dispuso a enfrentar en absoluta soledad el peso de la ley. Su vida, ciertamente, no valía ni un centavo.

* * *

¡Qué de historias podría contar El Lencero! Correrías, aventuras pasionales, bodas, peleas de gallos, conspiraciones y gran variedad de triquiñuelas. Durante tres años, don Antonio hizo de todo en lo que fue su refugio personal, arena para peleas de gallos, cuartel general y por momentos hasta “casa chica” -aunque la hacienda tenía una extensión de casi dos mil hectáreas.

Santa Anna compró la propiedad el 27 de mayo de 1842 por la cantidad de 50 mil pesos. Por entonces Manga de Clavo era su hacienda preferida, pero Inés de la Paz García, su primera esposa, se había apropiado lentamente de ella. Acostumbrada al ir y venir de su marido, doña Inés optó por establecerse definitivamente --o al menos la mayor parte del tiempo-- en la hacienda veracruzana. Al iniciar la década de 1840 la señora de Santa Anna era la verdadera dueña y disponía a sus anchas de peones y recursos de Manga de Clavo.

Don Antonio dejó hacer a su mujer cuanto quiso. Sabía que su esposa gozaba del respeto de la sociedad, que jamás dio pie al escándalo --a pesar de las aventuras galantes del jalapeño-- y era buena madre. Sin embargo, el caudillo le había perdido el interés, sobre todo a partir de que la religiosidad de doña Inés se transformó en simple y llana mochería, por lo que cualquier insinuación o intento de seducción del marido le resultaba de mal gusto y pecaminoso.

Fiel a su costumbre, Santa Anna posó los ojos en otra mujer para darle cauce a su pasión y comenzó a cortejar a la joven y atractiva Dolores Tosta. Pero si Manga de Clavo era territorio perdido, don Antonio necesitaba un lugar donde colgar su hamaca para mecerse apaciblemente; un sitio que le sirviera de refugio a la hora de abandonar el poder, propicio para la seducción y, por si fuera poco, que no se encontrara alejado ni de Veracruz ni de la ciudad de México. Se decidió entonces por El Lencero.

* * *

Una vez en manos de Juárez, los días de Santa Anna estaban irremediabilmente contados. Como huésped nada distinguido del heroico puerto, “su alteza serenísima” fue conducido a la tristemente célebre prisión de San Juan de Ulúa, donde “los cerrojos de una fétida mazmorra guardaron mi persona” -escribiría tiempo después el viejo caudillo.

Su buena estrella se eclipsaba. Al menos en ese julio de 1867, cuando regresó a México prisionero, la estrella de don Benito era la única que brillaba en el firmamento de la patria. Ni tardo ni perezoso, Juárez ordenó que don Antonio fuese juzgado por la ley del 25 de enero de 1862 que condujo al patíbulo a Maximiliano, Miramón y Mejía y que seguramente llevaría por el mismo sendero a Santa Anna.

Lo más doloroso de su prisión no eran los gruesos muros que apenas dejaban entrar la luz a las tinajas, o la excesiva humedad que todo lo pudría. Ni siquiera las elevadas temperaturas --a las cuales se acostumbró en Manga de Clavo-- le hacían mella. Para Santa Anna el peor de los castigos era el olvido. Deseaba salir de aquel trance para recuperar la gloria de otros tiempos y, de paso, sus haciendas.

* * *

El Lencero se halla a nueve kilómetros de Jalapa, sobre el antiguo camino a Veracruz. Hacia 1525 Juan Lencero --uno de los hombres de Cortés--, recibió una merced real para establecer una posada que diera alojamiento a los viajeros. Su ubicación era inmejorable, se encontraba en el punto exacto donde las altas temperaturas de la región costera se transformaban en clima templado.

El negocio de don Juan prosperó rápidamente y en unos años diversificó sus actividades. Al mesón se sumaron la cría de ganado, la reparación de carruajes, el servicio de cambio de cabalgaduras para los viajeros, alfarería, hilados y tejidos y el cultivo de algodón, henequén y caña de azúcar. En los siglos siguientes a su construcción, la propiedad fue adquirida por la Compañía de Jesús y vio sus mejores años como hacienda. Su posición geográfica la convirtió en bastión y sitio estratégico durante la guerra de independencia.

Cuando Santa Anna la adquirió en 1842, El Lencero continuaba siendo paso obligado de viajeros y comerciantes que marchaban a la ciudad de México o retornaban al puerto. En no escasas ocasiones, don Antonio mandó cobrar impuestos por derecho de tránsito, argumentando que la cuota garantizaba la seguridad del camino. Esos recursos le permitieron extender el área de la hacienda nada más en doscientos por ciento.

Su nueva hacienda era, sin duda, un paraíso “absolutamente plácido, con una entrada bordeada por laureles y jacarandas”. En alguna ocasión se le escuchó comentar a la marquesa Calderón de la Barca que su jardín era el más hermoso que había visto en su vida. La casa estaba edificada sobre una terraza natural, refrescada con la inmensa sombra de una vieja higuera -junto a la cual mandó construir un palenque para sus peleas de gallos, donde solía desplumar a los oponentes.

El sendero que conducía a la entrada principal estaba flanqueado por laureles de la India y una capilla virreinal con su curato --conocida como casa de las monjas--. A la belleza colonial del lugar se agregaba un hermoso lago donde las aves retozaban alegremente.

Santa Anna ocupaba la planta alta de la casa. Curiosamente sus ayudantes y el servicio doméstico podían advertir la presencia del caudillo: la prótesis de madera colocada en lugar de la pierna que perdiera durante la guerra de los pasteles de 1838, lo delataba. No le gustaba recibir muchas visitas, pero le complacía entrevistarse con las comisiones procedentes de la ciudad de México que llegaban a suplicarle su regreso al poder.

El general, sin embargo, manejaba sus propios tiempos; nada le apuraba. Como siempre, dejaba que los partidos hicieran añicos a su vicepresidente para luego hacer acto de presencia como el único hombre capaz de calmar las turbulentas aguas de la pasión política. Mientras llegaba el momento, pasaba largas horas tirado en su hamaca, observando el lago, disfrutando de la fresca sombra de la higuera, bordando sueños de grandeza, dando órdenes a sus hombres y, sobre todo, imaginándose entre los brazos y el ardiente cuerpo de la sensual Dolores, su

nuevo amor.

Santa Anna sólo dejaba las largas horas de profunda reflexión para presidir las peleas de gallos --la gran pasión de su vida-- en las que nunca salía derrotado; si perdía, arrebatada. Al caer la tarde, cuando los gritos de “¡cierren las puertas”! se disipaban, un sereno recorría la hacienda para iluminar los senderos con lámparas de aceite.

En el interior de la casa la escena se repetía cotidianamente: el candelabro --cuyo movimiento dependía de poleas--, era descendido. Una vez en el suelo uno de los mozos se encargaba de encender sus luces; terminada la cuidadosa operación, lo volvían a su posición original. Al llegar la hora de dormir, y a falta de mujer, la mismísima Patria recibía a Santa Anna en su habitación: en la cabecera de la cama de latón estaba plasmado el escudo nacional, con el águila perennemente devorando a la serpiente.

Por encima de las pingües ganancias que le representaba El Lencero, el general siempre encontró en su hacienda su propia identidad. Su origen jalapeño y su carácter veracruzano se fundían en aquellos árboles, en el hermoso lago, en su clima inconsistente como lo era el propio Santa Anna. No era fortuito que abandonara una y otra vez el poder para refugiarse, literalmente, en sus haciendas. La estela de la gloria lo seguía hasta su refugio y guarida. Por momentos aquel paraje se convertía en la capital del país, lugar que los políticos de la capital visitaban con frecuencia para obtener la venia de “su alteza serenísima”.

El amor no tardó en llegar a la hacienda El Lencero. Dos años después de haber comprado la extensa propiedad, el 22 de agosto de 1844, falleció doña Inés de la Paz García, dejando al pobre general viudo y desconsolado. Tan triste se hallaba el caudillo jalapeño que sólo pudo hallar consuelo contrayendo nupcias nuevamente, 41 días después del deceso de doña Inés.

Curioso enlace. Asolado por la gripa Santa Anna decidió no asistir a su boda con Dolores Tosta; en su lugar envió a un amigo como representante y la ceremonia fue realizada por poder --aunque no la luna de miel--. Quitado de la pena, don Antonio esperó tendido en la hamaca la llegada de su nueva y flamante esposa.

Para demostrarle su amor a Doloritas --como cariñosamente la llamaba--, mandó reconstruir el frente de la vieja capilla, las columnas y el campanario en estilo grecorromano, y aunque rompió con el estilo colonial original, nadie prestó mayor atención. La gran fiesta organizada para los novios --en la que sirvieron decenas de platillos, vino, aguardiente y pulque y hubo peleas de gallos-- dejó grato recuerdo en los moradores de la hacienda.

Manga de Clavo pronto asumió un lugar secundario --nada que recordara a Inés permitió Dolores-- y El Lencero se convirtió por un corto tiempo en el centro de operaciones de Santa Anna. A principios de 1845 otra vuelta en la rueda de la fortuna de la política mexicana envió al caudillo al exilio con todo y esposa.

* * *

Preso en San Juan de Ulúa, Santa Anna suspiraba por el tiempo pasado. Los recuerdos venían a su mente una y otra vez en tanto esperaba el fallo en su contra. Si bien Juárez --a quien don Antonio desterró años atrás-- era un "ídolatra de la ley", también era cierto que su interpretación era tan laxa que siempre se salía con la suya. El viejo general sabía cómo se las gastaba el indio oaxaqueño con sus enemigos políticos y entregó una protesta fundada en la incorrecta aplicación de la ley, "que no conozco --apuntó-- pero sospecho que se intenta algo en mi daño".

El juicio se llevó poco más de dos meses y el 7 de octubre de 1867 se dictó sentencia. A Juárez se le descompuso el rostro cuando le notificaron que los jueces habían impuesto a Santa Anna la pena de ocho años de destierro y no la muerte. Encolerizado, don Benito decidió desquitarse con los jueces y los envió a descansar, durante seis meses a las húmedas tinajas San Juan de Ulúa para que en ese lugar aprendieran de leyes.

Lejos de México, don Antonio se vanagloriaba de su última victoria. Jamás recuperaría El Lencero o Manga de Clavo, sin embargo, salvó la vida. Como a menudo ocurrió en su larga biografía, una vez más había logrado seducir a la diosa fortuna.

Correo electrónico: arr1910@cablevision.net.mx